

DON PEDRO POLO: SINIESTRA FIGURA DOCENTE EN LA OBRA DE PÉREZ GALDÓS

Valentín Martínez-Otero Pérez*

INTRODUCCIÓN

Por más que algunos acreditados autores, como Montesinos (1969), no la incluyan entre las novelas pedagógicas y sí entre las de locura crematística, la novela *El doctor Centeno* (1883) de Benito Pérez Galdós se adentra en el gran asunto de la educación. Aunque susceptible de estudiarse desde distintas perspectivas, es obra clave para conocer lo que Galdós pensaba del zigzagueante y sombrío rumbo de España, en parte explicable por la pésima educación nacional. En este marco general se ubica nuestro análisis de la siniestra figura docente del personaje don Pedro Polo.

PERFIL PROFESORAL DE DON PEDRO POLO

El conserje del Observatorio, don Florencio Morales y Temprado, introduce de modo laudatorio la singular figura de don Pedro Polo y Cortés, capellán de las monjas de San Fernando y con escuela muy bien montada. El estudiante de leyes Miquis y el médico en ciernes Cienfuegos no parecen coincidir plenamente con la descripción que del cura realiza el custodio. Consideran que el sacerdote es furibundo gastrónomo e hipócrita. Comoquiera que sea, don Pedro decide tomar de criado a Felipe Centeno, muchacho de trece o catorce años, y desasnarle en su colegio.

Rebasado el bosquejado exordio anterior, el narrador, apoyado en la musa Clío, nos brinda información relevante sobre el peculiar maestro-eclesiástico, hombre en extremo metódico, enérgico y aun agresivo, que no duda en repartir bofetones para atajar la incipiente indisciplina de los niños. La vida en su escuela resultaba extremadamente tediosa: "Era una rueda de tormento, máquina cruelísima, en la cual los bárbaros artífices arrancaban con tenazas una idea del cerebro, sujeto con cien tornillos, y metían obra a martillazos y estiraban conceptos o incrustaban reglas, todo con violencia, con golpe, espasmo y rechinar de dientes por una y otra parte" (*El doctor Centeno*: 45).

La lúgubre escuela que se nos pinta es reflejo de la peor pedagogía decimonónica. A este respecto, bien recuerda Ezpeleta (2006: 41) que 1882, año en que se celebra en España el Congreso Nacional Pedagógico, es una fecha emblemática por los sinceros anhelos de transformación educativa, y en *El doctor Centeno*, novela publicada en 1883, Galdós reprueba diversos aspectos significativos de la práctica docente de los años sesenta del siglo XIX, aunque proyectados en los años ochenta de dicha centuria, desde los que con ironía narra los hechos.

* Profesor Doctor Facultad de Educación, Universidad Complutense de Madrid. valenmop@edu.ucm.es

Desde luego, el hiperbólico pasaje ofrecido, así como otros de similar tenor, ponen al lector actual, y cabe pensar que también al de entonces, en contra de una metodología obsoleta e insufrible. La sensibilidad y la racionalidad pedagógicas mal se avienen con unos procedimientos tan inapropiados y duros como los ofrecidos. El escritor exhibe un discurso crítico ante un estilo docente caracterizado por el autoritarismo, el castigo físico y la enseñanza maquina. La “antipedagogía” de don Pedro Polo, saturada de despropósitos, presenta una tonalidad gris que todo lo impregna, baña de tristeza a sus alumnos y los atemoriza.

Al trasluz de la obra se descubre un tipo de escuela muy extendida en la época. No hay ninguna duda de que hoy se contempla un cuadro escolar así con horror y en aquel tiempo cada vez eran más las voces que demandaban una *escuela nueva*, expresión que, pocos años después, designaría a un movimiento pedagógico cuyas notas principales, salvada la heterogeneidad interna, pueden sintetizarse en el fomento de la actividad infantil y la atención a los intereses del educando en un marco de convivencia. Asimismo, se subraya la necesidad de cultivar la vertiente cognitiva, afectiva y moral del alumno. Aunque de forma compendiada, estas notas muestran un proceder educativo muy distinto al psitacismo y a la punición de la escena galdosiana y que tanto atribulaban a los alumnos.

La palmeta iba cayendo de mano en mano, incansable, celosa de su misión educatriz, aporreando sin piedad a todo el que cogía. La quemazón de la sangre, el cosquilleo, el dolor agudísimo, daban entendimiento al torpe, medida al travieso, diligencia al indolente, silencio al lenguaraz, reposo al inquieto. Y como auxiliares de aquel docto instrumento, una caña y a veces flexible vara de mimbres sacudían el polvo. Había nalgas como tomates, carrillos como pimientos, ojos con llamarradas, frentes mojadas de sudor de agonía, y todo era picazones, escozor, cosquilleo, latidos, ardor y suplicio de carnes y huesos (46).

La visión crítica ofrecida por Galdós no deja lugar a dudas. Con la pluma registra enormes yerros pedagógicos. En la escuela-cueva hay castigados por doquier, se someten los cuerpos y las mentes de los desdichados alumnos y todo, hasta en sus más mínimos detalles, queda subordinado a una operación disciplinaria de índole despótica. En este oscuro y agobiante marco pedagógico, que responde a una precoz estrategia de dominación, se estrangula la creatividad y el desarrollo de los escolares. La insoportable rutina escolar, la opresiva introducción de contenidos deslavazados, el violento encauzamiento conductual son algunos de los mecanismos con que se “normaliza” a los resignados niños y se les prepara para la vida en sociedad. En la escuela que pinta Galdós la represión es total. La máxima de don Pedro Polo era: “Siembra coscorriones y recogerás sabios” (Op. Cit.: 47). Esta aflictiva manera de entender la disciplina queda completada con el siguiente pasaje:

Se le representaba el entendimiento de un niño como castillo que debía ser embestido y tomado a viva fuerza, y a veces por sorpresa. La máxima antigua de *la letra con sangre entra*, tenía dentro del magín de Polo la fijeza de uno de esos preceptos intuitivos y primordiales del

genio militar, que en otro orden de cosas han producido hechos tan sublimes. Así, cuando movido de su convicción profundísima, descargaba los nudillos sobre el cráneo de un alumno rebelde, esta cruel enseñanza iba acompañada de la idea de abrir un agujero por donde a la fuerza había de entrar el tarugo intelectual que allí dentro faltaba. Los pellizcos de sus acera-dos dedos eran como punturas por las cuales se hacían, al través de la piel, inyecciones de aquella sabiduría alcaloide de los libros de texto (Op. Cit.: 51).

Los jalones de la atroz *pedagogía herodiana* de don Pedro Polo son el maltrato físico y la inadecuación instructiva. El perverso sentido de la pedagogía del siniestro maestro gal-dosiano se exalta aún más con este luctuoso cuadro:

Los capones y pellizcos, los palmetazos y nalgadas, las ampliaciones de orejas, aplastamiento de carrillos, vapuleo de huesos y maceración de carnes no completaban el código penitenciario de Polo. Además de la pena infamante de las orejas de burro, había la de dejar sin comer, aplicada con tanta frecuencia, que si las familias no sacaban de ella grandes ahorros era porque no querían. Todos los días, al sonar las doce, se quedaban en la clase, con el libro delante y las piernas colgando, tres o cuatro individuos que se habían equivocado en una suma o confundido a Jeroboán con Abimelech, o levantado algún falso testimonio a los pronombres relativos. Los autores de estos crímenes no debían alcanzar de nuestro Eterno Padre el pan de cada día, que todos piden, pero que se da sólo a quien lo merece. Bostezos que parecían suspiros, suspiros como puños llenaban la grande y trágica sala. Isaías no habría desdeñado llorar tan dolorosas penas, y hubiera sacado de su boca algún sublime acento con que pintar aquellos desperezos tan fuertes, que no parecía sino que cada brazo iba a caer por su lado. A menudo las páginas sucias, dobladas, rotas, de los aborrecidos libros se veían visitadas por un lagrimón que resbalaba de línea en línea. Pero esta forma del luto infantil no era la más común. La inquietud, la rebeldía, el mareo, la invención de peregrinas diabluras eran lo frecuente y lo más propio de estómagos vacíos. Quién gastaba su poca saliva en mascar y amasar papel para tirarlo al techo; quién dibujaba más monos que vieron selvas africanas; quién se pintaba las manos de tinta a estilo de salvajes... (Op. Cit.: 52-53).

Con todo, acertadamente puntualiza Varela Cabezas (2005: 778), que la crítica de Gal-dós no se circunscribe a este desafortunado docente, sino que se extiende al mismo sistema educativo desnaturalizado del que Polo ha sido víctima primero y verdugo después. En verdad, don Pedro no puede liberarse de su escasa formación. Vive encadenado a su ignorancia, de la que su reprobable conducta en el aula es proyección tentacular. El cruel comportamiento que exhibe se debe tanto a su arraigada convicción doctrinal, poco cuestionada en aquel tiempo, lo que explica en gran medida el éxito de su escuela-presidio, como a su cuasi analfabetismo. A los veinticuatro años se encontraba.

sin haber estudiado cosa alguna, sin oficio, carrera ni habilidad que pudiera serle provechosa. Sólo sabía leer, escribir, contar y un poco de latín más macarrónico

que erudito. Había pasado la niñez y lo mejor de su juventud dedicado a divertimientos corporales y al saludable ejercicio de la caza. De su compleción atlética, ¿qué beneficio podía sacar como no fuera un jornal mísero? A las ciencias no les tenía maldita afición (Op. Cit.: 47-48).

La escasa preparación, la necesidad familiar y la insistencia de un pariente canónico le indujeron a meterse cura, por supuesto sin ninguna vocación. Asumido el nuevo estado siguió viviendo con estrechez algunos años hasta que unas monjas mercedarias de las que era capellán le sugirieron y facilitaron la apertura de una escuela “donde recibieran instrucción cristiana y yugo social los muchachos más díscolos” (Op. Cit.: 49). A partir de entonces cambió definitivamente su suerte:

Así como el tío canónico (a quien D. Pedro en sus ratos de jovialidad solía llamar *el bobo de Coria*) había dicho: «Hágote sacerdote», las monjas habían dicho a su vez: «Hágote maestro». Para su sotana pensaba Polo así: «¿Clérigo dijiste? Pues a ello. ¿Profesor dijiste? Pues conforme». Dichosa edad esta en que el hombre recibe su destino hecho y ajustado como toma un vestido de manos del sastre, y en que lo más fácil y provechoso para él es bailar al son que le tocan. Música, música y ¡viva la Providencia! (Op. Cit.: 49).

Ahora se comprende mejor el papel docente de Polo. Ni se siente llamado a ejercer el magisterio ni está preparado para ello:

Aquel nobilísimo oficio le daba mucho que hacer en sus comienzos, porque tenía que aprender por las noches lo que había de enseñar al día siguiente, trabajo penoso e ingrato que fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento. Todo lo enseñaba Polo según el método que él empleara en aprenderlo; mejor dicho, Polo no enseñaba nada; lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operación que podríamos llamar *inyectocerebral*, cantidad de fórmulas, definiciones, reglas, generalidades y recetas científicas, que luego se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darle un átomo de sustancia ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de una fuente. De aquí viene que generaciones enteras padezcan enfermedad dolorosísima, que no es otra cosa que el mal de piedra del cerebro. (Op. Cit.: 50).

BREVE NOTA FINAL

El valor pedagógico de *El doctor Centeno* es innegable y, aun cuando la novela pueda analizarse desde otras perspectivas, puede rastrearse, entre otros aspectos, a partir de la pintura docente de don Pedro Polo. Sin renunciar al disfrute, es menester realizar un mínimo esfuerzo que permita advertir la enseñanza moral vertida por Galdós. Estos cimientos éticos dan cuenta igualmente de la centralidad que ocupa la educación en *El doctor Centeno*.

El escritor canario se muestra implacable en su denuncia de la realidad socioeducativa española. La novela reúne numerosos méritos, entre los que sobresale su contribución al esclarecimiento de la cuestión escolar a finales del siglo XIX. La sombría estampa docente presentada, de innegable valor histórico-educativo, da testimonio de una época y ha de estimarse también por el acopio de ideas que, más o menos explícitamente, su autor propone. Al desvelamiento de algunas de estas claves pedagógicas se ha orientado este trabajo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ezpeleta, Fermín.** 2004. "Sobre maestros y maestras en la novela del último Galdós". *Actas del VII Congreso Internacional Galdosiano*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo Insular, pp. 241-253.
- _____. 2006. *El profesor en la literatura. Pedagogía y educación en la narrativa española (1875-1939)*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Martínez-Otero, Valentín.** 2008. *El discurso educativo*. Madrid: CCS.
- Montesinos, José Francisco.** 1969. *Estudios sobre la novela española del siglo XIX*. Madrid: Castalia.
- Pérez Galdós, Benito.** 2006. *El doctor Centeno*. Madrid: Alianza Editorial.
- Varela Cabezas, Rodrigo.** 2005. "La educación en *El doctor Centeno*". *Bulletin of Spanish Studies*, 82:6, pp. 773-792.